

dinero que se les ofrecía, á fin, de que pudieran emplearle en comprar armas y caballos. Aprobando este pensamiento consintieron en recibir el dinero, y habiendo comprado gran cantidad de armas y de caballos, tomaron el camino del Desierto.

Ya de vuelta en su campo convocaron el consejo de la tribu. En esta asamblea Halhala pronunció algunas palabras calurosas para exitar á sus contributos á vengarse de los kelbitas. Apoyáronlas sus hijos, pero habia entre los miembros del consejo otros que, ménos cegados por el odio, juzgaban semejante expedicion peligrosa y temeraria. «Vuestra misma casa le dijo á Halhala uno de sus contrarios, ha quedado ahora muy debilitada para que podais tomar parte en la lucha. Los kelbitas, esas hienas, os han muerto la mayor parte de vuestros guerreros, y os han despojado de todas vuestras riquezas. Estoy seguro que en semejantes circunstancias no podreis acompañarnos.»—Hijo de mi hermano, le respondió Halhala, yo iré con los demás porque tengo ira en el corazon... Ellos me han matado á mi hijo, á mi Borda; á quien yo amaba tanto,» añadió con voz sorda, y habiéndole hecho caer este doloroso recuerdo

en uno de esos accesos de ira que le eran habituales despues de la muerte de su hijo, empezó á lanzar agudos y penetrantes gritos, que mas parecían los rugidos de una fiera privada de sus cachorros que los sonidos de voz humana. «¡Quién ha visto á Borda! exclamaba: ¿Dónde está? Volvéd-melo, es mi hijo, mi hijo queridísimo, la esperanza y el orgullo de mi raza!...» Luego se puso á enumerar uno á uno y lentamente los nombres de todos los que habian perecido por la espada de los kelbitas, y á cada nombre exclamaba: «¿Dónde está?... ¿Dónde está? ¡Venganza! ¡Venganza!»

Todos, incluso los que un momento ántes se habian mostrado mas frios y mas opuestos al proyecto, se dejaron fascinar y arrastrar por esta elocuencia ruda y salvaje, y habiéndose resuelto hacer una expedicion contra los kelbitas, se pusieron en camino de Banat-Cain, donde había un campo kelbita. A la caida de la noche, los fazaras cayeron de improviso sobre sus enemigos, gritando: «¡Venganza á Borda! ¡Venganza á Djad! ¡Venganza á nuestros hermanos!» Las represalias fueron tan atroces, como las violencias que las habian provocado. Un solo kelbita escapó; gracias á la ra-

pidéz de su carrera; todos los demás fueron degollados, y los fazara examinaron con cuidado los cadáveres, para si algun kelbita respiraba todavía, insultar su agonía y rematarlo.

Desde que hubo recibido la noticia de este razía, el príncipe Bichr tomó la revancha. En presencia del Califa dijo á su hermano Abdalazis:

--Y bien, sabeis yá como mis tios maternos han tratado á los vuestros?

Qué, exclamó Abdalazis: ¿han hecho una razía despues de concluida la paz y de indemnizados por el Califa?

Muy irritado éste de lo que acababa de oir, pero esperando para tomar una resolucion noticias más precisas, les impuso silencio con un tono que nó permitía réplica. Poco despues, un kelbita sin capa, sin calzado y que habia desgarrado sus vestidos, se llegó á Abdalazis, quien le introdujo en seguida en la estancia del Califa, diciendo. «Sufriréis ¡oh príncipe de los creyentes! que se ultraje á los que habeis tomado bajo vuestra proteccion, que se menosprecien vuestras órdenes, que se os saque el dinero para emplearlo contra vos, y que se degüedle á vuestros súbditos?» Entónces contó el

kelbita lo sucedido. Exasperado y furioso el Califa, no pensó siquiera en un arreglo. Decidido á hacer experimentar á los caisitas todo el peso de su resentimiento y de su ódio inveterado, envió al punto á Haddjadj, que era entónces gobernador de toda la Arabia, órden para pasar á cuchillo á todos los fazaras adultos.

Aunque esta tribu era aliada de la suya, Haddjadj no vaciló en obedecer. Era muy afecto á su raza, pero la devoraba la ambicion. Había adivinado, por consiguiente, que su partido no tenía más que una actitud que tomar, que un camino que seguir. La sana y severa lógica de que estaba dotado, le había enseñado que la oposicion no conduciría á nada, que era menester tratar de reconquistar el favor del Califa, y que para conseguirlo era preciso someterse, sin restricciones y sin segunda intencion á todas sus órdenes, aunque le mandára la destruccion del santuario más venerado, ó el suplicio de su más próximo pariente. Pero el corazon se le partía. «Cuando haya «esterminado á los fazaras, decía en el momento de partir con sus tropas, mi nombre será infamado y maldito como el del «caisita más desnaturalizado de la tierra,»

La órden, por otra parte era muy difícil de ejecutar. Los ghatafan, aliados de los fazaras habian jurado socorrerlos, y lo que es más, todas las tribus caisitas habian prestado el mismo juramento. El primer acto de hostilidad iba á ser la señal de una sangrienta guerra civil, cuyo resultado era difícil de preveer. Haddjadj no sabía qué hacer cuando la llegada de Halhala y Said vino á sacarle de su embarazo. Satisfechos los dos jefes con haber saciado su venganza en Banat-Cain, y temblando á la idea de ver encenderse una guerra civil que podría tener para su tribu las mas funestas consecuencias, se sacrificaron con noble desinterés para apartar de sus contributos los males que los amenazaban, pues en ellos el amor á su tribu era tan fuerte y persistente como su ódio á los kelbitas. Colocando amistosamente sus manos entre las de Haddjadj: «Por qué le dijeron, ¿por qué «quereis eso para los fazaras? Los verdaderos culpables somos nosotros dos.» Gozoso con este inesperado desenlace, el gobernador los retuvo prisioneros, y escribié inmediatamente al Califa que no se había atrevido á comprometerse en una guerra contra todas las tribus caisitas, y rogándole

que se contentara con los dos jefes que se habian puesto espontáneamente en sus manos. El Califa aprobó plenamente su conducta, ordenándole que le enviara los prisioneros á Damasco.

Cuando estos fueron introducidos en el salon en que estaba el Califa rodeado de los kelbitas, los guardias les mandaron saludar. Pero en lugar de obedecer Halhala se puso á recitar con entera y sonora voz estos versos tomados de un poema que habia compuesto en otro tiempo:

Salud á nuestros aliados, salud á los adi, á los mazin, á los chamkh; (1) salud sobre todo á Abu-Wahb, (2) mi fiel amigo. Pueden condenarme á muerte ya que he apagado la sed de sangre de kelbitas que me devoraba. He sido feliz, he degollado á todos los que he encontrado al alcance de mi espada, ahora que han dejado de vivir mi corazon goza de dulce tranquilidad.

Á fin de devolverle insolencia por insolencia, el Califa estropeó de propósito su nombre, como si hubiera sido demasiado oscuro para ser pronunciado como debia. En lugar de Halhala le llamó Halhal, pero

(1) Nombre de tres sub-tribus de los Fazara.

(2) Uno de los Masin.

este interrumpiéndole al punto dijo:

—Es Halhala como me llamo.

—Nó, Halhal.

—No por cierto es Halhala. Así me llamaba mi padre, y me parece que debía saberlo mejor que nadie.

—Pues bien Halhala, puesto que hay un Halhala, has ultrajado á los que, yo el príncipe de los creyentes, habia tomado bajo mi proteccion, has menospreciado mis órdenes y me has robado el dinero.

—No he hecho nada que se le parezca, he cumplido mi voto, satisfecho mi odio y saciado mi venganza.

—Y ahora te entrega Dios á la mano vengadora de la justicia.

—No soy culpable de ningun crimen «hijo de Zarca.» (Era injuriar á Abdelmelic llamarle con este nombre que debía á una abuela de escandalosa memoria. (1)

El Califa lo entregó al kelbita Suar; que tenia que vengar en él á su padre muerto en Banat-Cain.

—Dime Halhala, le dijo Suar, cuando has visto á mi padre la última vez?

(1) Véase «Aghani,» t. I, p. 27.

—Estaba en Banat-Cain, le respondió el otro con gracia, temblaba de piés á cabeza el pobre hombre.

—Por Dios que te he de matar.

—Tú? mientes. Por Dios que eres demasiado vil y demasiado cobarde para matar á un hombre como yo. Sé que voy á morir pero es porque así le place al hijo de Zarcá.

Dicho esto, marchó al lugar del suplicio con fría indiferencia é insolente alegría, recitando de vez en cuando algun trozo de la antigua poesía del Desierto, y no necesitando en manera alguna de las palabras que para animarle, le dirigia el principe Bichr que habia querido ser testigo de su suplicio, y que se enorgullecia con su firmeza inquebrantable. Cuando Suar levantó el brazo para cortarle la cabeza: «Trata le «dijo, de que ese golpe sea tan bueno como «el que le dí á tu padre.»

Su compañero Said, que el Califa habia entregado á otro kelbita, sufrió su suerte con un menosprecio á la vida casi tan grande como el suyo. (1)

(1) Hamasa, p. 260-264. Compárese acerca de la muerte de Halhala con Mobarrad, p. 870.

.IX

Mientras que los sirios se robaban y se asesinaban unos á otros, no permanecian más tranquilos los iracanos, raza incorregible é indomable, y mucho despues los turbulentos nobles de Cufa y de Básora recordaban, echándola de ménos aquella época anárquica, aquellos felices tiempos, como ellos los llamaban, en que acompañados de unos cuantos clientes (1) se pavoneaban por las calles, alta la frente y amenazadora la mirada, siempre dispuestos á armar camorra, á poco que otro noble les mostrase la cara séria, seguros de que aunque dejasen tendidos en las calles dos ó tres de sus enemigos, el gobernador era demasiado bueno

(1) Mobarrad, p. 220.

para castigarlos. Y no solo los gobernadores toleraban esto, sino que por celos y odio hacia Mohallab, dejaban espuesto el Irac á las incursiones de los no-conformistas, siempre terribles á pesar de sus numerosas derrotas. Motivos tenian en efecto para esta envidia. No solo veia en Mohallab cada uno de los iracanos el mejor de los generales de su pais, sino lo que es más, su propio salvador; ningun nombre había más popular que el suyo, y como hubiera impuesto condiciones para encargarse del mando, llegó á reunir una fortuna colosal que derrochaba con soberbia indolencia, dando cien mil monedas de plata á uno que vino á recitarle un poema en su defensa, y otras cien mil al que le dijo el nombre del autor.

(1) Eclipsaba, pues, á todos los gobernadores, tanto por su lujo, por su régia opulencia, y su ilimitada generosidad, como por el renombre de su gloria y de su poder. «Los árabes de esta ciudad no tienen ojos más que para ese hombre,» decía tristemente el Omeya Khalid, (2) primer gobernador de Ba-

(1) Ibn-Khallican, Fasc IX p. 51 ed. Wüstenfeld.

(2) Khalid Ibn-Abdallah Ibn-Asid (y no Osaid el escelente manuscrito de Mobarrad pone todas las vocales.

sora, despues de la restauracion, y llamó á Mohallab del teatro de sus hazañas, condenándolo á la inaccion en el gobierno del Ahwas mientras que confiaba el mando del ejército, compuesto de treinta mil hombres á su hermano Abdalazis, jóven sin esperiencia, pero no sin vanidad, que decía con aire de suficiencia y ademanes de triunfo. «Los «habitantes de Basora se figuran que solo «Mohallab es capaz de concluir esta guerra, «pero ya verán.» Mas espíó su loca presuncion con una terrible y sangrienta derrota. Menospreciando los consejos de sus capitanes, que le disuadian de perseguir un escuadron que aparentaba huir, cayó en una emboscada donde perdió todos sus generales, gran parte de sus soldados y hasta su jóven y hermosa esposa, no escapando él mismo sino por milagro, de las espadas de una treintena de enemigos que le perseguian en su fuga.

Mohallab tenía previsto este desastre, por lo que había encargado á uno de sus confidentes que diariamente le comunicase lo que ocurriera en el ejército. Este hombre vino á buscarle despues de la derrota.

—¿Qué novedades? le preguntó Mohallab luego que lo divisó.

—Os traigo una que ha de satisfaceros; el mozo ha sido batido y su ejército completamente derrotado.

—Cómo! ¿crees tú que he de alegrarme por saber que un coreiscita ha sido batido y lo que es peor, derrotado un ejército musulman?

—Importa poco que os alegre ó que os aflija, pero la noticia es cierta. (1)

La irritación contra el gobernador Khalid en toda la provincia era extrema. «Hé ahí, «decían, lo que sucede por enviar contra el «enemigo un joven de dudoso valor, en lugar del noble y leal Mohallab, el héroe, «que gracias á su gran experiencia, sabe pre- «veer y salir de todos los peligros.» (2) Resignábase Khalid á escuchar estos reproches como se había acostumbrado á pensar en la vergüenza de su hermano; pero si era poco susceptible en puntos de honor, importábale mucho en cambio su destino, y sobre todo, su vida, por lo que esperaba con ansiedad creciente la llegada del correo de Damasco. Sintiendo, como es propio de los débiles, la necesidad de que otro más enér-

(1) Mobarrad, p. 740-745.

(2) Mobarrad, p. 746.

gicole confortase, mandó llamar á Mohallab y le preguntó:

—¿Qué pensais que Abdelmelic hará conmigo?

--Destituiros, le respondió lacónicamente el general; que le guardaba demasiado rencor para que procurase calmar sus inquietudes.

--Y nó tendré que temer otra cosa peor, á pesar de ser su pariente? replicó Khalid.

--Seguramente, repuso Mohallab con indiferencia, porque apenas sepa el Califa que vuestro hermano Abdalasis ha sido vencido por los no-conformistas de la Persia sabrá también que á vuestro hermano Omeya lo han derrotado los de Bahrain.

El tan temido correo llegó al cabo con una carta para Khalid. En ella le reprochaba amargamente Abdelmelic su ridícula y culpable conducta y concluía diciendole: «A castigaros como merecéis, os haría experimentar mi resentimiento de un modo más duro, pero quiero acordarme de nuestro parentesco, y por esta razón me limito á destituiros.»

En reemplazo de Khalid nombró el Califa para el gobierno de Basora á su propio hermano Bichr, ya Gobernador de Cufa, orde-

nándole que entregase el mando de las tropas á Mohallab y que lo reforzara con ocho mil hombres de Cufa.

Era imposible en aquellas circunstancias una eleccion más infeliz. Caisita exagerado y violento, como se ha visto por lo anteriormente referido, Bichr odiaba igualmente á todas las tribus yemenitas, y detestaba á Mohallab, gefe natural de esta raza en el Irac. Por eso, al recibir la órden del Califa, tuvo un acceso de furor y juró que esterminaría á Mohallab. Su primer ministro Muza-ibn-Nozair, el futuro conquistador de España, (1) tuvo no poco que trabajar para calmarlo, y se apresuró á escribir al general, aconsejándole suma prudencia, que se mezclara con la multitud para saludar á Bichr cuando entrara en Basora; pero que no se presentára en la audiencia. Mohallab siguió sus consejos.

(1) Zobairita al principio Muza, Ibn-Nozair habia estado en la batalla de la Pradera. Proscrito por Merwan, pidió, y obtuvo la proteccion de Abdalasis hijo de este Califa. Desde entónces llegó á ser uno de los más firmes apoyos de los Omeyas.—Ibn-Asakir «Hist. de Damas», man. de la Bibl. de Aatif en Constantinopla, art. sobre Musa Ibn-Nozair. M. de Slane ha tenido la bondad de comunicarme la copia que hizo de este artículo.

Llegado al palacio de Basora, Bichr dió audiencia á los principales de la ciudad, y notando la falta de Mohallab, preguntó la causa. «El general os ha saludado en el camino, confundido con la multitud, le respondieron, pero se siente indispuerto y no ha podido venir á presentaros sus respetos.» Bichr creyó entónces haber hallado en la indisposicion del general un excelente pretesto para escusarse de ponerlo al frente de las tropas. Sus aduladores no dejaron de decirle que siendo gobernador á él correspondía el derecho de nombrar general, pero no osando desobedecer la órden precisa del Califa tomó el partido de enviar á este algunas personas encargadas de entregarle una carta en que le manifestaba que Mohallab estaba enfermo, pero que había en el Irac otros generales capaces de ocupar su puesto.

Cuando esta diputacion hubo llegado á Damasco, Abdelmelic tuvo una conferencia particular con su jefe Ibn-Hakim, y le dijo:

—Sé que teneis una gran probidad y una extraordinaria inteligencia, decidme pues con franqueza, cuál es á vuestro juicio el general que posee los talentos y cualidades necesarias para terminar esta guerra felizmente.

—Aunque no fuese yemenita Ibn-Hakim, respondió sin vacilar, que Mohallab.

—Pero Mohallab está enfermo, replicó el Califa.

—No es su enfermedad lo que le impedirá ponerse al frente del ejército, repuso Ibn-Hakim con una maligna sonrisa.

—Ah, ya comprendo, dijo entonces el Califa; Bichr quiere entrar en el mismo camino que Khalid.

Y le escribió en seguida para ordenarle con un tono absoluto é imperioso, que pusiera á Mohallab y no á ningun otro al frente de las tropas.

Bichr obedeció, pero de muy mala gana. Habiéndole remitido Mohallab la lista de los soldados que deseaba alistar, borró los nombres de los más valientes, y luego llamando á Ibn-Mikhnaf general de las tropas auxiliares de Cufa, le dijo: «Sabeis que os estimo y que confío en vos, pues bien si quereis conservar mi amistad haced lo que os voy á decir: desobedeced á todas las órdenes de ese bárbaro del Oman, y obrad de manera que todas sus medidas terminen en un «fiasco miserable.» Inclínose Ibn-Mikhnaf, lo que Bichr tomó por signo de asentimiento; pero se habia diri-

gido mal. De la misma raza, y lo que es más de la misma tribu que Mohallab, Ibn-Mikhnaf, no tenía el menor deseo de representar con él el odioso papel que el gobernador le destinaba, y cuando hubo salido de palacio, dijo á sus amigos: «Seguramente «que ese mozuelo ha perdido la cabeza, pues «me cree capaz de hacer traicion al mas ilus- «tre jeque de mi tribu.»

Comenzó la campaña, y Mohallab aunque privado de sus mejores oficiales y de sus soldados mas valientes, consiguió rechazar á los no-conformistas, primero del Eufra-tes, luego del Ahwas, despues de Ram-Hor-mos; pero aquí la brillante série de sus victorias fué repentinamente interrumpida con la noticia de la muerte de Bichr. Lo que este espíritu zizañero no pudo conseguir en vida lo consiguió su muerte. Ella produjo en el ejército un espantoso desorden. Juz-gando en su egoismo que la guerra no ata-ñía mas que á los árabes de Basora, los sol-dados de Cufa se rebelaron contra su gene-ral Ibn-Mikhnaf, y desertando en masa se volvieron á sus hogares, su ejemplo fué imi-tado por la mayor parte de los soldados de Basora. Nunca en guerra tan larga y por-fiada el peligro había sido mas inminente.

El Irac era presa de la mas completa anarquía, no quedaba ni sombra de autoridad, ni disciplina. El lugar-teniente de Bichr en Cufa, amenazó con la muerte á los desertores que no volviesen á sus banderas, estos por toda respuesta entraron en la ciudad, y no se volvió á hablar mas de castigarlos. (1) Bien pronto aniquilaron los no-conformistas al puñado de bravos que habian permanecido fieles á los estandartes de su gefe, y rompiendo las antiguas barreras inundaron el Irac.

Ya habian dejado morir, de inanición despues de encerrarlos en un subterráneo cargados de cadenas á los infelices que cayeron en sus manos, despues de la derrota de Abdalasis, (2) quién sabe si preparaban igual suerte á todos los «paganos» de la provincia?

Todo iba á depender del nuevo gobernador. Si la eleccion era tan mala como las precedentes, el Irac estaba perdido.

Abdelmelic nombró á Haddjadj.

Este se encontraba entónces en Medina, apenas hubo recibido su nombramiento salió para Cufa acompañado solamente de do-

(1) Mobarrad, p. 747-751.

(2) Mobarrad, p. 741.

ce personas, (diciembre de 694) Luego que llegó, se dirigió rectamente á la mezquita donde ya estaba reunido el pueblo noticioso de su venida. Entró sable en cinto, arco en mano y medio cubierta la cabeza con la ancha muselina de su turbante, subió al mimbar y paseó durante largo tiempo sobre el auditorio su débil é incierta mirada, (era corto de vista,) (1) sin proferir una palabra. Tomando por timidez este silencio prolongado, los iracanos se indignaron, y como eran si nó valientes en obras á lo ménos insolentes en palabras, sobre todo cuando se trataba de deñostar á un gobernador, comenzaban á decirse: «Que Dios confunda á los omeyas que han confiado el gobierno «de nuestra provincia á semejante imbécil!» Ya uno de los más atrevidos, se ofrecía á tirarle una piedra á la cabeza, cuando Haddjadj rompió de pronto el silencio que tan obstinadamente había guardado hasta entonces. Innovador atrevido en elocuencia como en política, no comenzó por las fórmulas ordinarias en honor de Dios y de su profeta. Levantándose el turbante que le encubría la faz, se puso á recitar estos versos de un antiguo poeta:

(1) Véase Ibn-Coteba, p. 202.

Soy el sol naciente.—No hay obstáculo que no venza
Para que se me conozca.—Basta que me desvele.

Y continuó en seguida con lenta y solemne voz:

«Veo muchas cabezas maduras para la siega... yo seré el segador... Entre los turbantes y las barbas que cubren los pechos, veo sangre... sangre...»

Luego, animándose poco á poco, dijo: «Por Dios iracanos, que á mí no se me echa con miradas amenazantes, que no soy como esos camellos á quienes se hace correr á todo escape asustándoles con el ruido de un odre seco y vacío. Lo mismo que se examina la boca de un animal para conocer su edad y su aptitud para el trabajo, se ha examinado la mía y se ha encontrado que tengo las muelas del juicio.»

--El príncipe de los creyentes ha sacado las flechas de su carçax, las há puesto delante de sí, las há examinado una por una, atenta, cuidadosamente. Cuando las hubo experimentado todas, juzgó que la más dura, la más difícil de romper era yo. Hé ahí por qué me ha enviado á vosotros. Hace mucho tiempo que marchais por el camino de la anarquía y de la rebelion, ¡pero yo os

lo juro! he de hacer con vosotros lo que se hace con esos arbustos espinosos que se destinan á leña, á los que se le rodea con una cuerda para arrancarlos en seguida; (1) yo os moleré á palos como los pastores aporrearán á los camellos que se entretienen en el pasto cuando todos los otros están de vuelta. Y sabedlo, bien: lo que digo lo hago--lo que prometo lo cumplo--cuando he trazado en el cuero la figura de una sandalia la corto sin vacilar.

El príncipe de los creyentes me ha ordenado pagaros vuestro sueldo y enviaros al teatro de la guerra, donde combatiereis bajo las órdenes de Mohallah. Tres días os doy para disponeros y os juro por lo más sagrado, que una vez transcurrido este plazo he de cortar la cabeza á todos los que no hayan ido...

—Ahora, muchacho, léales la carta del príncipe de los creyentes.

El interpelado leyó estas palabras: «Abdelmelic, príncipe de los creyentes á todos los musulmanes de Cufa, salud.»—Era costumbre que el pueblo respondiera á esta fórmula con las palabras: «y salud al

(1) Véase acerca de la frase empleada por el orador á Mobarrad, p. 46.

«príncipe de los creyentes.» Pero esta vez guardó el auditorio un profundo silencio. Por mas que ya conocieran instintivamente que habian hallado un amo en este orador de palabra brusca y violenta, pero colorida y nerviosa, no querían aun convenirse de ello.

Para... dijo entónces Haddjadj al lector, y luego dirigiéndose al pueblo exclamó: «Como el príncipe de los creyentes os saluda y vosotros no le contestais? Por Dios que os he de dar una leccion de urbanidad.... «vuelve á empezar muchacho.»

Y pronunciando estas sencillas palabras, dió Haddjadj á su gesto, á los rasgos de su fisonomía y al timbre de su voz una espression tan amenazadora y tan terrible, que cuando el lector pronunció de nuevo la palabra «salud» toda la asamblea contestó á una voz: «Y salud al príncipe de los creyentes.» (1)

Medios iguales en Basora, con idéntico resultado. Muchos habitantes de la ciudad sabedores de lo que habia pasado en Cufa, no esperaron siquiera la llegada del nuevo gobernador para reunirse con el ejército

(1) Mobarrad, p. 220-221.

de Mohallab, (1) y este general gratamente sorprendido de un celo tan raro en los iracanos, exclamó en un raptó de alegría: «Alabado sea Dios. Al fin ha llegado un «hombre al Irac.» (2) Pero desgraciado «tambien de aquel que manifestase la menor «duda ó la mas ligera tentativa de resistencia, porque para Haddjadj suponía muy «poco la vida de un hombre. Dos ó tres lo «esperimentaron á su costa.» (3)

Sin embargo Haddjadj se engañaba si creía haber ganado la partida. Un poco repuestos de su primer terror, los iracanos se avergonzaron de haberse dejado intimidar y aturdir como niños por el «maestro de escuela,» y cuando Haddjadj llevaba una division de tropas á Mohallab, una disputa sobre pagas, fué la señal de un motin que no tardó en tomar el aspecto formidable de una rebellion. La consigna era la deposicion del gobernador: los rebeldes juraron exigirla de Abdelmelic, amenazando que si éste se negaba, ellos lo destituirían. Abandonado de todos, á escepcion de sus parientes, de sus amigos íntimos, y de

(1) Mobarrad p. 753.

(2) Weil, t. I, p. 433.

(3) Mobarrad, p. 753.

los criados de su casa, vió Haddjadj á los rebeldes saquear su tienda y llevarse á sus mujeres, y á nó detenerlos el temor del Califá le hubieran muerto. Y sin embargo, ni un momento desmayó. Rechazando con indignacion el consejo de sus amigos, que querian parlamentarse con los rebeldes: «No lo «haré hasta que me hayan entregado sus «jefes,» contestó con arrogancia, como si hubiese sido el amo. Segun todas las probabilidades, hubiera pagado con la vida su inflexible obstinacion, si los caisitas lo hubieran abandonado en el momento crítico, pero habian reconocido en él su esperanza, su amparo, su jefe; habian comprendido que siguiendo la línea de conducta que les trazaba, se levantarían de su abatimiento y volverían al poder. Tres jefes caisitas, entre los que se distinguía el valeroso Coteba-ibn-Moslim, volaron á su socorro; un contributo de Mohallab, y un jefe teminita descontento de los rebeldes, imitaron su ejemplo, y cuando Haddjadj vió seis mil hombres en torno suyo, obligó á los rebeldes á aceptar la batalla. Hubo un momento en que estuvo á punto de perderla, mas consiguiendo rehacer sus huestes y habiendo muerto de un flechazo el jefe de los su-

blevados, consiguió la victoria, que hizo completa y decisiva su clemencia para con los vencidos, á quienes prohibió perseguir, y concedió una amnistía, contentándose con enviar al campamento de Mohallab las cabezas de diez y nueve jefes muertos en el combate, para que sirviera de aviso á los que sintieran germinar en su ánimo el deseo de sublevarse, (1)

Por primera vez los caisitas, fautores de todas las revueltas, sostuvieron al poder, y una vez lanzados en esta via, marcharon resueltamente por ella; sabian que era el único médio de rehabilitarse en el ánimo del Califa.

Restablecido el órden, Haddjadj no tuvo mas que un pensamiento: excitar y estimular á Mohallab, de quien sospechaba que prolongaba la guerra por su propio interés. Mezclando con su natural impetuosidad, medidas malas y buenas, le escribía carta sobre carta, le vituperaba duramente lo que llamaba su lentitud, su inaccion, su cobardía, le amenazaba con la muerte, ó al ménos con la destitucion, (2) y enviaba uno tras

(1) Ibn-Khaldun, fól. 186 r y v.

(2) Mobarrad, p. 756.

otro comisarios á sus reales. (1) De la raza del gobernador, y poseidos de la furia de aconsejar sobre todo cuando no se les preguntaba, estos comisarios introducian muchas veces el desorden en el ejército, (2) y huian de la batalla. (3) Pero se consiguió el objeto. No habian pasado aun dos años de que Haddjadj, habia sido nombrado gobernador del Irac, cuando los no-conformistas rendian las armas (hacia el fin de 696.)

Nombrado virey de todas las provincias orientales en recompensa de sus leales y provechosos servicios, Haddjadj tuvo aun hartas revueltas que reprimir, pero las reprimió todas, y á medida que afirmaba la corona en las sienes de su soberano, levantaba su raza del estado de postracion en que habia caido, y trataba de reconciliarla con el Califa. Lo consiguió sin mucha dificultad. Obligado á apoyarse sobre los caisitas ó los kelbitas, la preferencia no podía ser dudosa. Los reyes por lo comun gustan

(1) Mobarrad, p. 759-765

(2) Mobarrad, p. 766.

(3) Mobarrad, p. 785.

poco, que los que han contribuido á su elevacion, puedan exigirles su reconccimiento, y los servicios que habian prestado inspiraron á los kelbitas una arrogancia que se hacía importuna, á cada paso recordaban al Califa, que sin ellos, ni él ni su padre hubieran ascendido al trono, le miraban como su deudor, es decir, como su hechura y su propiedad. Los caisitas por el contrario queriendo hacer olvidar á toda costa, que habian sido sus enemigos y los de su padre, solicitaban sus favores de rodillas y obedecian ciegamente sus palabras y sus insinuaciones. Lo consiguieron, suplantaron á sus rivales. (1)

Los desgraciados kelbitas lanzaron hondos lamentos, y como el poder del Califa estaba asentado en esta época con demasiada solidéz para que pudieran rebelarse, sus poetas le reprocharon amargamente su ingratitude, no perdonando ni aun las amenazas. Hé aquí lo que decía Djauwas el padre de Sad, que mas tarde veremos perecer en España víctima del ódio de los caisitas:

(1) «Hamasa», p. 658.

Abdelmelic! No nos has recompensado, á nosotros que hemos combatido bravamente por tí, y que te hemos procurado el goce de los bienes de este mundo. Te acuerdas de lo que pasó en Djabia en el Djaulan? Si Ibn-Bahdal no hubiera asistido á la reunion que allí se tuvo, tu vivirías ignorado y ninguno de tu familia recitaría en la mezquita las oraciones públicas. Y sin embargo, así que has obtenido el poder supremo, y te encuentras sin competidor, nos has vuelto las espaldas y poco falta para que nos trates como á enemigos. No se diría que ignoras que los tiempos pueden traer estrañas revoluciones?

Y en otro poema:

La familia de Omeya nos ha hecho teñir nuestras lanzas en la sangre de sus enemigos, y ahora no quiere que participemos de su fortunál Familia de Omeya! Nosotros hemos combatido con nuestras lanzas y nuestras espadas, á escuadrones innumerables de fieros guerreros que lanzaban un grito de guerra que no era el vuestro, hemos apartado el peligro que os amenazaba. Acaso Dios recompense nuestros servicios y el haber afirmado ese trono; pero ciertamente la familia de los Omeyas no nos recompensa-

rá. Extranjeros, vosotros venís del Hidjaz, de un país que el Desierto separa enteramente del nuestro, y la Siria no os conocía á ninguno. (1) Al mismo tiempo los caisitas marchaban contra vosotros, el ódio brillaba en sus pupilas y su bandera flotaba en los vientos...

Otro poeta kelbita, uno de los que habían cantado antes la victoria de la Pradera, dirigió estos versos á los Omeyas:

En un tiempo en que vosotros no teníais trono, nosotros precipitamos del de Damasco á los que osaron sentarse en él y os lo dimos. En hartas batallas os hemos dado pruebas de nuestra adhesión, y en la de la Pradera, solo á nuestro poderoso auxilio habéis debido la victoria. No paguéis con ingratitude nuestros buenos y leales servicios: antes érais buenos para nosotros, guardaos de convertirnos para nosotros en tiranos. Aun antes de Merwan, cuando los ojos de un emir omeya estaban cubiertos por los cuidados como por un espeso velo, nosotros desgarramos ese velo de modo que él vió la luz, cuando ya estaba á punto de sucumbir, cuando ya rechinaba los dientes, nosotros

(1) Recuérdese que la rama de los Omeyas á que pertenecía Merwan, estaba establecida en Medina.

le salvamos, (1) y lleno de gozo exclamaba entónces, ¡Dios es grandel! Cuando el caisita se presenta jactancioso, recordadle la bravura que mostró en el campo de Dhah-hac al este de Djaubar. (2) Allí ningún caisita se ha portado como hombre: todos montados en sus alazanes, buscaban su salvacion en la fuga. (3)

Quejas, murmuraciones, amenazas, nada sirvió á los kelbitas. El tiempo de su grandeza habia pasado, y pasado para siempre. Es verdad que la política de la córte podia cambiar, que mas adelante cambió en efecto y que los kelbitas continuaron representando un papel importante, sobre todo en África y en España; pero jamás volvieron á ser lo que habian sido bajo Merwan, la mas poderosa de las tribus yemenitas. Este rango pertenecerá en adelante á los Azd; la familia de Mohallab habia suplantado á la

(1) El comentador Tibrizi, ha explicado mal este verso, pues no ha notado que por una licencia poética «naffasna» se encuentra en lugar de «naffasná;» comparadlo con Ibn-Coteba, p. 20 1841, y con el «Hamasa», p. 263 16 y 7, donde se encuentra «talaná» y «naaina» en lugar de de «talaná» y de «naainá,» como resulta de la línea once de esta página.

(2) Es decir, en la batalla de la Pradera.

(3) «Hamasa», p. 656-659.

de Ibn-Bahdal. Al mismo tiempo la lucha sin perder nada de su vivacidad, tomó más vastas proporciones: desde ahora los caisitas han de tener á todos los yemenitas por enemigos.

El reinado de Walid que en el año de 705 sucedió á su padre Abdelmelic, llevó á su colmo el poder de los caisitas «Hijo mio «habia dicho Abdelmelic en su lecho de «muerte, profesa siempre el mas profundo «respeto á Haddjadj, á él es á quien debes «el trono, es tu espada, es tu brazo derecho «y tú tienes mas necesidad de él que él de tí.»

(1) Walid no olvidó nunca esta recomendacion. «Mi padre tenía costumbre de decir: «Haddjadj es la piel de mi frente, pero yo «digo: Haddjadj es la piel de mi cara » (2)

Estas palabras reasumen todo su reinado, por lo demás, mas fértil que otro alguno en conquistas y en gloria militar; porque entónçes fué cuando el caisita Coteba, plantó las banderas musulmanas sobre los muros de Samarcanda, cuando Mohammed ibn-Casin, primo de Haddjadj, conquistó la India hasta los piés del Himalaya, y cuando á

(1) Soyati, «Tarikh», p. 22. ed. Lees.

(2) «Historia Khalifatus al-Walidi», ed. Anspach, p. 13.

la otra estremidad del imperio, los yemenitas despues de haber acabado la conquista del norte de África, anexionaron la España al vasto estado que habia fundado el Profeta de la Meca. Pero para los yemenitas, fué este un tiempo desastrosó, especialmente para los dos hombres mas notables, sino los mas respetables de este partido. Yezid, hijo de Mohallab y Muza hijo de Nozair. Por su desgracia Yezid, gefe de su casa por muerte de su padre, habia suministrado pretestos bastante plausibles al ódio de Haddjadj. Como todos los miembros de su familia, la mas liberal de todas en el reinado de los Omeyas como los Barmicidas, lo serán en el de los Abbasidas, (1) sembraba á su paso el dinero, y queriendo ser feliz y que todo el mundo lo fuera con él, derrochaba su fortuna en los placeres, en su aficion á las artes y en las imprudentes liberalidades de una munificencia verdaderamente aristocrática. Se dice, que una vez yendo á hacer la peregrinacion á la Meca, dió mil monedas de plata á un barbero que acababa de afeitarlo. Asombrado éste de haber recibido tan considerable recompensa, exclamó lleno

(1) Ibn-Kallican, Fase X, p. 107, ed. Wüstenfeld.

de alegría. «Con esto voy á rescatar á (mi madre de la esclavitud.» Conmovidó por su amor filial, Yezid le dió otras mil (monedas. «Repudio á mi muger dijo el (barbero si en mi vida vuelvo á afeitar (á nadie,» y Yezid le dió de nuevo dos mil monedas. (1) Se cuentan de él una multitud de rasgos semejantes, que muestran que el dinero se derramaba como agua de sus manos pródigas, pero como no hay fortuna, por grande que sea, que baste á una prodigalidad llevada hasta la locura, Yezid se vió forzado para escapar á su ruina, á usurpar la parte del Califa. Condenado por Haddjadj á restituir al tesoro seis millones, y no pudiendo pagar más que la mitad de esta suma, fué encerrado en un calabozo y cruelmente torturado. Al cabo de cuatro años, (2) consiguió evadirse con dos de sus hermanos que partian su cautividad, y mientras que Haddjadj, creyendo que habian ido á insurreccionar el Corasan enviaba correos á Coteba, ordenándole tomar precauciones, y ahogar en germen la rebelion, ellos guiados por un kelbita, (3)

(1) Ibn-Khallican, Fase X, p. 105.

(2) Ibn-Khaldun, fól. 127 v.

(3) El mismo, ibid.

recorrian el desierto de Samawa, á fin de implorar la proteccion de Soliman, hermano del Califa, heredero del trono en virtud de las disposiciones de Abdelmelic, y jefe del partido yemenita. Soliman juró que mientras él viviera, los hijos de Mohallab no tendrian nada que temer, ofreció pagar al tesoro los tres millones que debía Yezid, y pidió gracia para este que no obtuvo sino con mucho trabajo, y por una especie de escena teatral. Desde entónces Yezid quedó en el palacio de su protector, esperando el momento en que su partido volviera al poder: y cuando se le preguntaba por qué no compraba casa: «Para qué? respondía: pronto tendré una que no dejaré nunca: un palacio de gobernador, si Soliman llega á ser Califa: una cárcel si nó llega.»(1)

El otro yemenita no era como Yezid, de ilustre estirpe. Era un liberto, y si pertenecía á la faccion entónces en desgracia era porque su patrono el príncipe Abdalazis, hermano del Califa Abdelmelic, y gobernador de Egipto, estaba íntimamente ligado á la causa de los kelbitas, porque su madre era de esta tribu. Ya en el reinado de Abdelmelic, cuando aun era recaudador de

(1) Ibn-Khallican, Fase X, p. 112-115.

contribuciones en Basora, Muza se hizo raso de malversacion. Súpolo el Califa y dió á Haddjadj orden de prenderlo. Advertido á tiempo Muza, se refugió en Egipto, donde imploró la proteccion de su patrono. Este lo tomó bajo su salvaguardia, y fué á la córte para arreglar el negocio. Exigió el Califa cien mil monedas de oro de indemnizacion. Abdalazis pagó la mitad, y en seguida nombró á Muza gobernador de Africa, pues en esta época los gobernadores de esta provincia eran nombrados por los de Egipto. (1) Despues de haber conquistado á España Muza, repleto de riquezas, en el colmo de la gloria y del poder, continuó usurpando la parte del Califa con la misma osadía que ántes. Verdad es que todos entónces hacían negocios con la hacienda pública; lo malo de Muza fué hacer más que otros, y no pertenecer al partido dominante. Walid, que desde algun tiempo tenía fija la vista en él, le ordenó venir á la Siria para que diese cuenta de su administracion. Muza mientras pudo eludió esta orden, pero obligado al fin á obedecer, dejó á España, y una vez llegado á la córte procuró desarmar la cóle-

(1) Ibn-Adhari, t. I, p. 24-25.

ra del Califa con magníficos presentes. Pero en vano. El ódio largo tiempo acumulado de sus compañeros, Taric (a) Mogueis y otros, se desbordó, lo abrumaron con acusaciones que fueron perfectamente acci- das, y el infiel gobernador fué arrojado ignominiosamente de la audiencia pública. Pensaba el Califa nada menos que conde- narle á muerte, pero algunas personas de consideracion, á quienes Muza había ga- nado á fuerza de dinero, pidieron y obtu- vieron su vida, contentándose aquel con condenarle á una multa considerable. (1)

Poco tiempo despues, exhalaba Walid el último suspiro, dejando el trono á su her- mano Soliman. La caída de los caisitas fué inmediata y terrible. Haddjadj ya no exis- tia. «Alá, concédeme morir ántes que el «príncipe de los creyentes, y no me deis por «soberano un príncipe sin piedad para mí.» (2) Tal era su ruego y Dios lo oyó; pero sus clientes, sus hechuras, sus amigos ocu- paban aun todos los destinos y todos fueron destituidos al punto y reemplazados por ye- menitas. Yezid, ibn-abi-Moslim, liberto y secretario de Haddjad, perdió el gobierno

(1) Isidoro, c. 38-40.

(2) Tabari, «apud» Weil, t. I, p. 553.

del Irac, y fué encerrado en un calabozo de donde no salió sino cinco años mas tarde, al advenimiento del Califa caisita Yezid II, para ser enseguida gobernador de África, (1) tan rápidos entónces eran los cambios de fortuna. Mas desgraciado que él, el valiente Coteba fué decapitado, y el ilustre conquistador Mohammed ibn-Casin, primo de Haddjadj, pereció en el tormento, mientras que Yezid, hijo de Moallab que estaba á punto de sufrir la misma suertè en el precedente reinado gozaba como favorito de Soliman de un poder ilimitado.

Solo á Muza, no aprovechó el triunfo del partido á que pertenecía. Por la vana esperanza de conciliarse el favor de Walid, habia ofendido gravemente á Soliman. Cuando Muza llegó á la Siria, Walid se encontraba ya tan gravemente enfermo, que podía pronosticársele una muerte próxima, y Soliman que codiciaba para sí los ricos presentes que Muza no dejaría de ofrecer á Walid, le habia hecho indicar que detuviese su marcha de modo que no llegase á Damasco, hasta que su hermano hubiera muerto y él ascendido al trono. No habien-

(1) Abu-Ali Tanukhi, «Al faradjo bada's chid-dati,» man. de Leiden, 61. p. 73.

do consentido Muza en ello, y heredando por consiguiente los hijos de Walid, los regalos hechos á su padre, Soliman, que por esto le guardaba rencor, (1) no levantó á Muza la multa á que habia sido condenado y que por lo demás podia pagar fácilmente con ayuda de sus numerosos clientes españoles, (2) y los miembros de la tribu de Lakhm á que su esposa pertenecía. (3) Soliman no llevó mas léjos su venganza. Bien que haya acerca de la suerte de Muza, una rastra de leyendas más ó menos patéticas; pero han sido inventadas por los novelistas en una época en que se habia olvidado completamente cuál era la posicion de los partidos en el siglo VIII, y cuando nadie se acordaba ya de que Muza gozaba, como lo atestigua un autor tan antiguo como digno de crédito, (4) la proteccion y la amistad de Yezid, hijo de Mohallab, el favorito omnipotente de Soliman. Ningun motivo por especioso que sea, puede autorizar estos indignos rumores que no se fundan sobre

(1) Ibn-Habib, man. de Oxford, p. 153.

(2) Isidoro, c 40. Pro multa opulentia, dice este autor, parvum impositum onus existimat, atque mirá velocitate impositum pondus exactat.

(3) «Akhbár madjmua», fól. 62 r.

(4) Beladhori, m. de Leiden p. 270.

ninguna autoridad respetable, y que se hallan en oposicion directa con el circunstanciado relato de un autor contemporáneo. (1)

Por una escepcion única en la historia de los Omeyas, el sucesor de Soliman, Omar II, no era un hombre de partido; era un pontífice respetable, un santo varon que odiaba los alaridos del ódio y de la discordia, que agradecía á Dios el no haberle hecho vivir en los tiempos en que los santos del islamismo, en que Alí, Aixa y Moawia, combatian entre sí, y no quería ni oír hablar siquiera de tan funestas luchas. Preocupado esclusivamente de los intereses religiosos y de la propagacion de la fé, recuerda á aquel excelente y venerable pontífice que decía á los florentinos: «No seais ni gibelinos ni «güelfos, no seais mas que cristianos y ciudadanos.» Pero Omar II, no logró mas que Gregorio X, realizar su sueño generoso. Yezid II, que le sucedió, y que se habia desposado con una sobrina de Haddjadj, fué caisita. Luego subió Hixem al trono. Al principio favoreció á los yemenitas, y habiendo reemplazado con hombres de este

(1) Este autor es Isidoro de Beje.

partido, muchos de los gobernadores nombrados por su predecesor, (1) permitió á los que subian al poder, perseguir cruelmente á los que acababan de perderlo, (2) pero cuando por razones que mas adelante espondremos, se declaró por el otro partido, los caisitas tomaron la revancha sobre todo en África y en España.

Como la poblacion arábiga de estos dos paises, era casi exclusivamente yemenita, estaban de ordinario bastante tranquilos cuando gobernaban hombres de esta faccion; pero bajo gobernadores caisitas, se convertían en teatro de las más atroces violencias. Esto fué lo que sucedió despues de la muerte de Bichr, el kelbita gobernador de África. Antes de exhalar el último suspiro, habia confiado el mando á uno de sus contributos que se lisonjeaba á lo que parece de que el Califa Hixem, le nombraría definitivamente gobernador. Se engañaron sus esperanzas: Hixem nombró al caisita Obaida de la tribu de Solaim. Súpolo el kelbita, pero se creia bastante poderoso para soste-

(1) En el Corasan por ejemplo, el caisita Muslim-al-Kilábi, fué reemplazado por el yemenita Asad al-Casri.

(2) Véase Abu-'l-mahasin, t. I, p. 288.

nerse con las armas en la mano.

Erase la mañana de un viernes del mes de junio ó julio del 728. El kelbita acababa de vestirse y se disponía á ir á la mezquita para presidir la oracion pública, cuando de pronto sus amigos se precipitan en su cámara gritando: «El emir Obaida, «acaba de entrar en la ciudad!» Aterrado por el golpe, el kelbita quedó al principio sumergido en un mudo estupor, y no recobró el uso de la palabra sino para esclamar: «Sólo Dios es poderoso! Tan impensadamente ha de llegar la hora del último «juicio!» Sus fuerzas rehusaron sostenerlo y cayó en tierra helado de terror.

Obaida, habia comprendido que para hacer reconocer su autoridad, le era preciso sorprender la capital. Afortunadamente para él, Cairawan no tenía murallas y marchando con sus caisitas por caminos estraviados en el más profundo silencio, había entrado de improviso, mientras que los habitantes de la ciudad lo creían aun en Egipto ó en Siria.

Dueño de la capital, maltrató á los kelbitas con una crueldad sin igualdad. Después de haberlos hecho encerrar en calabozos, los puso en el tormento y para contentar la

avidéz de su soberano les arrancó sumas inauditas. (1)

Llegó su turno á España, país cuyo gobernador era nombrado entónces por el de África, pero que hasta entónces no había obedecido á un caisita mas que una sola vez. Frustradas sus primeras tentativas, Obaida, envió al cabo en el mes de abril de 729 al caisita Haitham de la tribu de Kilab, (2) amenazando á los árabes españoles con los más rigurosos castigos, si osaban oponerse á las órdenes de su nuevo gobernador. Los yemenitas murmurarían, acaso conspirarían contra el caisita, este por lo ménos así lo creía, y obrando con arreglo á las instrucciones secretas de Obaida, hizo prender á sus gefes, les arrancó mediante horribles torturas, la confesion de un complot y mandó cortarles la cabeza. Entre sus víctimas, se hallaba un kelbita que gozaba de gran consideracion por su ilustre origen, sus riquezas y su elocuencia; era Sad, hijo de aquel Djauwas, (3) que habia censura-

(1) Ibn-Adharí, t. I, p. 36; Ibn-al-Abbar, p. 47.

(2) Moharram III. Ibn-Baihcowál «apud» Maccari, t. II, p. 10. Debe leerse «kilabi», como se encuentra en Maccari, en Ibn-Khaldun &c., no «kinani», como se lee en otros dos escritores. En la escritura árabe es fácil confundir estos dos nombres.

(3) Véase la nota C, al fin de este tomo.

do tan enérgicamente en sus versos al Califa Abdelmelic, su ingratitud para con los kelbitas, cuya bravura en la batalla de la Pradera habia decidido de la suerte del imperio y procurado el trono á Merwan. El suplicio de Sad, hizo temblar de indignacion á los kelbitas, y algunos de ellos, como Abrach, secretario de Hixem, (1) que no habian perdido toda su influencia en la corte, la emplearon tan bien, que el Califa consintió en enviar á España un cierto Mohammed, con orden de castigar á Haithan, y dar el gobierno de la provincia al yemena Abderramen-el-Ghafiki, que gozaba de gran popularidad. Llegado á Córdoba, Mohammed no encontró allí á Abderramen, que se habia escondido para ocultarse á las persecuciones del tirano; pero habiendo hecho prender á Haitham, le mandó azotar y afeitar la cabeza, lo que entónces equivalía á la pena de marca, despues cargándolo de hierros y puesto sobre un asno con la cabeza hácia la cola y los brazos atados á la espalda, lo paseó por las calles de la capital, y luego que fué ejecutada esta sentencia, lo envió al África, para que el go-

(1) Véase Ibn-al-Abbar, p. 49, y Weil, t. I, página 654.

bernador de esta provincia decidiera de su suerte. Pero no podía esperarse que Obaida castigara á su vez, á aquel que no habia hecho sino cumplir sus órdenes. Por su parte el Califa, creia haber dado á los yemenitas una satisfaccion suficiente, aunque ellos llevasen mas léjos sus exigencias, no pudiendo ser expiada la muerte de Sad, segun las ideas árabes, sino por la de su matador. Hixem, envió pues á Obaida una orden en tal manera ambigüa, que este pudo interpretarla en beneficio de Haitham. (1) Esto fué para los kelbitas un gran desengaño, pero no se dejaron acobardar, y uno de sus gefes mas ilustres, Abu-l-Khattar, amigo íntimo de Sad, y que en la prision en que le habia encerrado Obaida, acumuló contra este tirano y contra los caisitas en general tesoros de odio, compuso este poema destinado á enviarse al Califa:

Permitís á los caisitas derramar nuestra sangre hijo de Meruan; pero si persistís en rehusar hacernos justicia, apelaremos al juicio de Dios que será más equitativo para nosotros. Se diría que habeis olvidado la batalla de la Pradera, y que ignorais quien

(1) Isidoro, c. 57.

os procuró entónces la victoria; sin embargo eran nuestros pechos los que os servían de escudos contra las lanzas enemigas y solo nos teníais á nosotros por caballeros y peones. Pero despues que hàbeis conseguido el objeto de vuestros designios, y que gracias á nosotros nadaís en las delicias, afectais no conocernos, hé ahí cómo desde que nos tratamos, obrais constantemente con nosotros. Pero guardaos de entregaros á una seguridad engañosa, cuando la guerra se encienda y vos sintais deslizarse vuestro pie sobre la escala de cuerda, puede que entónces las cuerdas que creais sólidamente torcidas, se destuerzan... Esto se ha visto tantas veces...

El kelbita Abrach, secretario de Hixem, fué el encargado de recitar estos versos, y la amenaza de una guerra civil produjo tanto efecto sobre el Califa, que en él mismo instante pronunció la destitucion de Obaida, exclamando con una cólera fingida ó verdadera. «Que Dios maldiga á ese hijo «de cristiana que no ha obedecido mis órdenes.» (1)

(1 Véanse mis »Notices sur quelques manuscrits arabes,» p. 47-49, 257, é Ibn Adhari, t. I, p, página 36, 37.

(a) Se ha solido confundir lo mismo por los historiadores cristianos que por los árabes á Taric-ben

Zeyad con Tarif Abu-Zara y sus respectivas expediciones. No estamos lejos de creer con el docto traductor español de Aben-Adhari, que entre los primeros haya podido dar origen á esta confusion, el siguiente pasage del Pacense: «*Nam adgregata copia exercitus adversus Arabes una cum Mauris á Muza missis, id est, Taric Abuzara et cæteris diu sibi provintiam creditam incursantibus.*» Aunque diferimos de su opinion en lo que respecta á pensar que Isidoro de Beja formó un sólo nombre del «ism» del primero y de la «cunya» (alcurnia) del segundo, ignorancia que no parece propia de cronista contemporáneo á los hechos, y que tan bien los conocía, creyendo que en este pasage no hay más que una trasposicion exigida acaso por la armonía de la frase debiendo leerse: *id est Taric, Abuzara et cæteris &c.* tanto más cuanto que al citar estos caudillos, nada indica el ánimo de hacerlo por el orden cronológico de su venida á España. Sea de esto lo que quiera, ya en la Crónica Albeldense se hace la debida distincion: «*Regnante in África Ulit Amiralmauminin... ingressus est Abzuhura in Spania sub Muza duce &c.* dice en un lugar y mas adelante: «*Alio anno ingressus est Taric.*» Mas esplicita aparece todavía en el libro «*De rebus hispanicis*» del Arzobispo don Rodrigo que dedica dos capitulos distintos á narrar estas dos entradas diciendo en la primera «*Muza autem misit cum Iuliano quemdam Tarif nomine et cognómine Abenzarcha cum C militibus et XIII peditibus Africanis &c.* (Libr. III, cap. XIX) y en el segundo (Id. cap. XX) «*Post hæc Muza vocatus ab Ulit Miramumenino ivit in Africam, relicto in patria principatu Taric Aben Ziet, qui erat strabo.*» Por lo que como oportunamente lo hace notar el señor Fernandez y Gonzalez, es extraño que su Historia Arabum haya podido confundir estos personajes diciendo (cap. IX) «*anno imperii Ulit quarto, Muza Abennozayr princeps militiæ Ulit regis misit Taric*

Abenzarca cum exercitu citra mare,» á no ser que haya habido aquí alguna interpolacion ó cambio del copista cómo sucede en una curiosa traduccion manuscrita del libro de Rebus Hispanicis que perteneció al marqués de Tarifa, y hoy existe en la Biblioteca universitaria de Sevilla, escrita en 1430 en que se traducen los textos citados mas arriba: E Muza envió con el conde uno que habia nombre Tarif é dióle cien caballeros &c. Envió Ulid por Muza que fuese á él á tierra de África, é Muza fué á el alla é dexo en la tierra por cabdillo á Tarif. El monge de Silos habla sólo de Taric y la Crónica general de Tarif á quien aplican el calificativo de Tuerto que el monge de Silos y Rodrigo de Toledo, habian dado á Taric error adoptado en lo sucesivo por el Burgens, Ambrosio de Morales, Zurita Garibay y Mariana hasta el punto de dudar el erudito Scoto, si debía leerse Tarif en los casos en que se habla de Taric en la crónica del arzobispo D. Rodrigo.

Mas rara parece esta equivocacion en los historiadores árabes, y sin embargo Ibn-Jaldun ha confundido tambien las dos expediciones que aparecen distinguidas claramente en Ibn-Hayyan y Al-Hichari citados por Al-Makkari, Ben-Adhari y el Ajbar Machmua y Abdi-l-hakem autor de una Historia de Egipto que vivia en el siglo III de la hejira, (IX de J. C.) Biblioteca nacional de Paris, Manusc. n. 655 y 785 segun Slane «Histoire des Bereberes» t. I. no mienta siquiera á Tarif y distingue dos Taric uno hijo de Amr y otro de Abbad. Conde solo habla de Taric ben Zeyed (N. del T.

X.

La lucha entre yemenitas y caisitas, no dejó de influir en la suerte de los pueblos vencidos, porque respecto á ellos y principalmente en lo que concierne á las contribuciones, cada uno de los bandos profesaba diversos principios, y en esto como en muchas otras cosas, Haddjadj era quien habia trazado la ruta á su partido. Sábese, que en virtud de las disposiciones de la ley, los cristianos y los judíos que viven bajo la dominacion musulmana, quedan dispensados luego que abrazan el islamismo, de pagar al tesoro la capitacion impuesta á los que perseveran en la fé de sus antecesores. Gracias á este cebo ofrecido á la avaricia, la iglesia musulmana recibía en su gremio cada dia

una porcion de conversos, que sin estar enteramente convencidos de la verdad de la doctrina, se preocupaban ante todo del dinero y de los intereses mundanos. Los teólogos se regocijaban de esta rápida propagacion de la fé, pero el tesoro sufría enormemente. La contribucion del Egipto por ejemplo, se elevaba aun bajo el califado de Othman á doce millones, pero pocos años despues bajo el califado de Moawia, cuando la mayor parte de los coptos abrazaron el islamismo descendió á cinco. (1) En el de Omar II, bajó mas aun, pero el piadoso Califá no se inquietaba por ello, y cuando uno de sus lugartenientes le envió este mensaje: «Si este estado de cosas se prolonga en el «Egipto, todos los dhimenis se harán musulmanes y se perderán así las rentas que «producen al tesoro del Estado,» le respondió: «Sería feliz si todos los dhimenis se hicieran musulmanes, pues que Dios ha enviado á su Profeta como apóstol no como «colector de impuestos.» (2) Haddjadj pensaba de otro modo. Se interesaba poco por la propagacion de la fé, y estaba obligado á

(1) Ahmed' ibn-abi-Yacub, Kitab «al-boldan», fól. 69 v.

(2) «Journ. asiat.», IV série, t. XVIII, p. 433.

llenar el tesoro para conservar la gracia del Califa. No concedió pues á los nuevos musulmanes del Irac, la escepcion de pagar la capitacion. (1) Los caisitas imitaron constantemente, y donde quiera el ejemplo que se les habia dado y trataban además á los vencidos musulmanes ó no, con insolente desden y con extrema dureza. Los yemenitas por el contrario si nó se conducían con estos desgraciados con mas equidad y dulzura cuando se hallaban en el poder, asociaban por lo menos en la oposicion, su voz á la de los oprimidos para condenar el espíritu fiscal que animaba á sus rivales. Por eso los pueblos vencidos, cuando veian subir al poder los yemenitas, se prometian dias tejidos con seda y oro; pero sus esperanzas fueron burladas muchas veces, que no fueron los yemenitas los primeros ni los últimos liberales que hayan experimentado que es fácil cuando se está en la oposicion gritar contra los impuestos, exigir la reforma del sistema financiero, prometerla para cuando se les llame á la direccion de los negocios, y que cuando se ha llegado á ella, es difícil cumplir lo prometido. «Me halló en una situacion difi-

(1) Nowari, en el «Journ. asiat.» III série, t. XI pag. 580.

«cilísimas, decía el jefe de los yemenitas Yezid hijo de Mohallab, cuando Soliman le nombró gobernador del Irac; toda la provincia tiene su esperanza en mí, me maldecirá como ha maldecido á Haddjadj si le obligo á pagar los mismos tributos que antes; pero por otra parte descontentaré á Soliman si nó recibe tantas contribuciones como recibía su hermano cuando Haddjadj estaba de gobernador.» Para salir de este apuro, recurrió á un expediente bastante original. Habiendo declarado al Califa que no podia encargarse de recaudar los impuestos, le hizo tomar la resolucion de confiar esta odiosa tarea, á un hombre del partido que acababa de caer, (1)

Por lo demás, no puede negarse que hubiera entre los yemenitas hombres estremadamente flexibles, que transigian sin trabajo con sus principios, y que para conservar sus destinos, servían á sus señores yemenitas ó caisitas con una adhesion sin igual y una docilidad á toda prueba. El kelbita Bichr, puede ser considerado como el tipo de esta especie de hombres menos raros, á medida que las costumbres se cor-

(1) Ibn-Khallican, Fasc X, p. 116, ed. Wüstenfeld; Ibn-Khaldun, fól. 199 r.

rompian y que el amor de tribu cedía á la ambicion y á la sed de riquezas. Nombrado gobernador de África por el caisita Yezid II, este Birch envió á España á uno de sus contributos llamado Ambaza, que hizo pagar dobles impuestos á los cristianos del país, (1) pero cuando subió al trono, el yemenita Hixem envió otro de sus contributos nombrado Yahye, que restituyó á los cristianos todo lo que se les había exigido injustamente. Un autor cristiano del tiempo llega á decir, que este «terrible» gobernador, (así lo apellida) recurrió á medidas «cruelles» para obligar á los musulmanes á devolver lo que no les pertenecía. (2)

En general, los yemenitas eran menos duros que sus rivales para los vencidos, y por consiguiente menos odiosos. El pueblo de África, sobre todo, esa mezcla, esa aglomeracion de poblaciones hetereogéneas que los árabes encontraron establecidas desde el Egipto hasta el Atlántico, y que se designa con el nombre de berbericos, tenían por ellos una señalada predileccion. Raza fiera, aguerrida y celosa de su libertad, bajo muchos aspectos, como ya lo había notado

(1) Isidoro, c. 52.

(2) Isidoro, c. 54.

Strabon, (1) los berberes se parecían á los árabes. Nómadas en un territorio limitado, como los hijos de Ismael, hacían la guerra del mismo modo, como lo atestigua Muza ibn-Nozair, (2) que tanto contribuyó á someterlos; acostumbrados como ellos á una independencia inmemorial, pues que la dominación romana estuvo de ordinario limitada á la costa, teniendo en fin la misma organización política, la democracia templada por la influencia de las familias nobles, llegaron á ser para los árabes cuando intentaron someterlos, enemigos mucho más temibles que los soldados mercenarios, y los oprimidos súbditos de la Persia y del imperio bizantino. Cada victoria, fué comprada por los agresores con una sangrienta derrota. Cuando ya recorrían en triunfo el país hasta las orillas del Atlántico, se veían á lo mejor, envueltos y destrozados por hordas innumerables como las arenas del desierto. «Es imposible conquistar el África, escribía un gobernador al Califa Abdelmelic, apenas una tribu berberisca «ha sido esterminada cuando viene otra á ocupar su puesto.» Sin embargo, los ára-

(1) II, 18.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 20,

bes á pesar de las dificultades de la empresa y acaso aun de los mismos obstáculos que encontraban á cada paso, y que el honor les mandaba superar á cualquier precio, se obstinaron en esta conquista con un valor admirable, y una tenacidad sin igual. Á costa de setenta años de mortífera guerra, se logró la sumision de los africanos, si por esto se entiende, que consintieron en depouer las armas á condicion de que no se prevalieran nunca con ellos de los derechos adquiridos, de que se respetara su arrogancia puntillosa, y de que se les tratara, nó como vencidos sino como hermanos, como iguales. Desgraciado el que tenía la imprudencia de ofenderlos! En su loco orgullo, el caisita Yezid ibn-abi-Moslim, quiso tratarlos como esclavos; ellos lo asesinaron; y caisita y todo el califa Yezid II fué lo bastante prudente para no exigir el castigo de los culpables, y para enviar á un kelbita á que gobernase la provincia. Menos previsor Hixem, provocó una terrible insurreccion que de el África se comunicó á España.

Yemenita al principio de su reinado, y por consiguiente bastante popular, (1) ha-

(1) Qui Hiscam primordio sūæ potestatis satis se modestum ostendens. Isidoro, c. 55.

bía acabado por declararse por los caisitas, porque les consideraba dispuestos á satisfacer la pasion dominante, la sed de oro. Entregándoles las provincias que ellos sabian esprimir tan bien, sacó de ellas más dinero que ninguno de sus antepasados (1) y en cuanto á el África, confió su gobierno en el año 734, año y medio despues de la destitucion de Obaida (2) al caisita Obaidallah.

Este nieto de un liberto, no era un hombre vulgar. Había recibido una educacion sólida y brillante, de modo que sabía de memoria los poemas clásicos y el relato de las antiguas guerras. (3) En su adhesion á los caisitas, había una idea noble y generosa. No habiendo encontrado en Egipto más que dos pequeñas tribus caisitas, hizo traer allí mil y trescientas familias pobres de esta raza, y se tomó todo el cuidado posible para hacer prosperar esta colonia. (4) Su respeto para la familia de su patrono,

(1) Isidoro, c. 57.

(2) En Ibn-Adharí, (t. I, p. 37) debe leerse «un año» y seis meses, (Chauwal 114-Rabi II, 116.)

(3) Ibn-Adharí, t. I, p. 38.

(4) Macrizi, «De esas tribus árabes que han ido á «Egipto». p. 39-40 ed. Wüstenfeld.

tenía algo de conmovedor: en medio de la grandeza y en el colmo del poder, léjos de avergonzarse de su humilde origen, proclamaba públicamente sus obligaciones para con el padre de Ocha, que había manumitido á su abuelo, y cuando siendo él gobernador de África Ocha fué á visitarlo, lo hizo sentar á su lado y le mostró tanto respeto que sus hijos, vanos como advenedizos, se indignaron: lo tenían atravesado en la garganta. (a) «¿Qué! le dijeron cuando se hallaron á solas con él: haceis sentar á vuestro lado á ese beduino en presencia de la nobleza y de los coreiscitas que sin duda se habrán ofendido, y que os exigirán una satisfaccion por eso! Tú eres ya viejo y no tendrás que sufrir las consecuencias de esto, porque quizá te arrebate ántes la muerte que pueda dañarte la enemistad de alguno, pero tememos que el oprobio caiga sobre nosotros. Además, si lo que ha pasado llega á oídos de Califa! No se encolerizará cuando sepa que habeis honrado más á un hombre semejante que á los coreiscitas?

—«Teneis razon, hijos mios, le respondió Obaidallah, no había pensado en ello, y no lo volveré á hacer.» A la mañana

siguiente hizo venir á Ocba y á los nobles á su palacio. Trató á todos con respeto, pero dió á Ocba el asiento preferente, y sentándose á sus piés hizo venir á sus hijos. Cuando entraron en la sala y se sorprendieron de aquel espectáculo, Obaidallah se levantó, y despues de haber glorificado á Dios y á su profeta, refirió á los nobles las palabras que le habian dicho la víspera sus hijos, y continuó en estos términos: «Tomo á Dios y os tomo á vosotros por testigos, bien que Dios solo basta, de que declaro que ese hombre que veis ahí es Ocba, hijo de Haddjadj, que dió la libertad á mi abuelo, y de que mis hijos han sido seducidos por el demonio, que les ha llenado de soberbia, pero quiero dar á Dios una prueba de que yo al ménos no soy culpable de ingratitude, y que sé lo que debo al Eterno y á ese hombre. He querido hacer pública esta declaracion, porque temo que mis hijos lleguen á renegar los preceptos de Dios desconociendo el derecho de patronato de ese hombre y de su padre, lo que haría inevitablemente que fueran malditos de Dios y de los hombres, pues me han contado que dijo el Profeta: «Maldito el que pretende pertenecer á una familia, á que es

«estraño, maldito el que reniega de su pa-
«trono.» Y se me ha referido tambien que
Abu-Becre ha dicho: «Desconocer un pa-
«riente aunque sea lejano, ó suponerse de
«una familia á que no se pertenece, es ser
«ingrato para con Dios... Hijos míos como
«yo os quiero tanto como á mí mismo, no
«he querido esponeros á la maldicion de
«Dios y de los hombres. Me habeis dicho
«además, que el Califa se irritará conmigo
«si sabe lo que he hecho. Tranquilizaos; el
«Califa, á quien Dios conceda larga vida, es
«demasiado magnánimo, y sabe demasiado
«bien lo que se debe á Dios, sabe demasiado
«bien sus deberes, para que yo tema haber
«escitado su ira cumpliendo los míos, estoy
«por el contrario persuadido que ha de
«aprobar mi conducta».—Bien dicho! es-
clamaron por todas partes, viva nuestro
governador!»

Y los hijos de Obaidallah, avergonza-
dos de haber tenido que sufrir tan grande
humillacion, guardaron un profundo si-
lencio.

Luego Obaidallah dirigiéndose á Ocha le
dijo: «Señor, mi deber es obedecer vuestras
«órdenes. El Califa me ha confiado un vas-
«to pais, elegid para vos la provincia que

«querais.» Ocha eligió á España. «Me agrada, contestó, la guerra santa y aquel es «mi palenque.» (14)

Pero á pesar de la elevacion de su carácter, y aunque poseía todas las virtudes de su nacion, Obaidallah participaba en alto grado del profundo desprecio que aquella tenía á todo lo que no era árabe. A sus ojos, los coptos, los berberes, los españoles y en general los vencidos, que apenas consideraba como hombres, no tenían sobre la tierra otro destino que enriquecer con el sudor de su frente, al gran pueblo que Mahoma llamaba el mejor de todos. Ya en Egipto, donde habia estado de perceptor de contribuciones, habia aumentado en una vigésima el tributo que pagaban los coptos, y este pueblo de ordinario tan pacífico, que desde que vivía bajo la dominacion musulmana, no habia apelado ni una sóla vez á las armas, se exasperó de tal modo por una medida tan arbitraria, que se levantó en masa. (1) Elevado al gobierno de África, se creyó en la obligacion de satisfacer á costa de los berberes, los gastos y los caprichos de los grandes señores de Damasco.

(1) Macrizi, «Historia de los Coptos,» p. 22 del texto ed Wustenfeld y la nota del editor p. 54.

Como el vello de los merinos de que se fabricaban vestidos de una esplendente blancura, fuera muy solicitado en la capital, hacia arrebatarse á los berberes sus carneros, que se degollaban todos aunque muchas veces no se hallara un carnero con vello en todo el rebaño, siendo los demás de los que se llamaban rasos ó sin vello, y por consiguiente inútiles al gobernador. (1) No contentos con quitar á los berberiscos sus rebaños, la fuente principal de su fortuna, ó mas bien, su único medio de subsistencia, les arrebatava tambien á sus mujeres y á sus hijas, que enviaba á poblar los serrallos de la Siria, porque los señores árabes gustaban mucho de las mugeres berberiscas que siempre tuvieron la reputacion de exceder á las árabes en hermosura. (2)

Durante mas de cinco años los berberiscos sufrían en silencio, murmuraban, acumulaban en su pecho tesoros de odio, pero la presencia de un numeroso ejército los contenía aun.

(1) Ibn-Khaldun, «Historia de los Berberes,» t. I, p. 150, 151 del texto; «Akhbar madjmua,» folio 63 v.

(2) Ibn-Adharí, t. I, p. 39; Ibn-Khaldun, «doctaud,» compárese á Soyuti, Tarikh al Kholafá,» página 220, 1.ª ed. Lecs.